

# Los okupas del corazón

Todos sin excepción estamos en situación de sufrir los males del corazón: soberbia, avaricia, ira, gula, lujuria...

Hace poco tiempo tuve la oportunidad de asistir a la presentación de un libro cuyo autor forma parte de los cenáculos intelectuales, escribe asiduamente en las páginas de opinión de los periódicos y participa en tertulias radiofónicas y televisivas. En este acto hubo un momento de tensión

cuando esta persona reaccionó de una manera irascible y soberbia ante varias preguntas que le formularon. Se despachó bien a gusto, insultando y difamando a un colega escritor y a un partido político.

La conducta de este escritor me llevó a confirmar lo que en más de una ocasión he podido descubrir en la naturaleza humana, incluida en mi persona, que soy tan humano como cualquiera. Es decir, que todos sin excepción estamos en situación de sufrir los males del corazón: soberbia, avaricia, ira, gula, lujuria, envidia y pereza. El conocimiento que se nos ha transmitido desde la cultura griega, romana y cristiana, nos ha sido útil para comprender lo que se ha dado en llamar las pasiones dominantes del alma o pecados capitales. Nadie estamos libre de ellos. Cuanto más mayores somos, lo sabemos por experiencia, más sufrimos estos sentimientos negativos que entran en nuestro corazón, lo hacen casi sin darnos cuenta. Es como los okupas que se meten en nuestras casas y se hacen dueños de ellas. El edificio donde se construye todo lo relativo a los afectos lo podemos llamar alma, psique o mente, y cuando lo referimos al corazón lo hacemos como metáfora de todo lo que tiene que ver con estos sentimientos y emociones. Sería bueno preguntarnos cuándo, cómo y por qué se nos mete en el corazón los males que he mencionado, así como la forma de poder echarlos fuera de nuestro interior.

La Antropología, cuando estudia el proceso evolutivo de nuestra especie, nos dice que desde hace muchos miles de años, cuando nuestra naturaleza era selvática, tuvimos que enfrentarnos a las adversidades de la naturaleza para poder sobrevivir. En esta lucha por la supervivencia hemos tenido que desarrollar unos impulsos o instintos que arraigaron en nosotros por necesidad y se hicieron innatos en nuestra naturaleza homínida. Entonces y ahora, esos

impulsos tienen su razón de ser, nos sirven para seguir luchando contra la adversidad. Ahora bien, el proceso de humanización, es decir pasar de la naturaleza selvática a la cultura y civilización ha supuesto para nuestra especie otros modos de enfrentarnos a la ad-

versidad. Es por ello que no debemos escandalizarnos ante situaciones humanas en las que detectamos conductas como las del personaje citado anteriormente. En la literatura y en el teatro tenemos verdaderas joyas que nos muestran estos males del corazón. Por ello, es bueno conocer en qué consiste cada uno de estos sentimientos negati-

vos que nos aquejan y cómo podemos echarlos fuera de nuestro corazón. Casi todos ellos están asociados a la sobrevaloración de nuestro yo, una autoestima basada en el orgullo competitivo y cegador que deteriora a la persona. La soberbia es creerse superior y esperar pleitesía de todos, es un orgullo enfermizo que busca situarse en el centro de todo y de todos; a partir de este mal se van uniendo como en cadena el resto de los males del corazón. Entonces aparece la avaricia como ese afán desmedido de poseer y adquirir riquezas; la ira como un sentimiento de indignación que provoca una reacción violenta; la gula como un sentimiento compulsivo que lleva a comer en exceso; la lujuria como el deseo excesivo del placer sexual y de opulencia; la envidia como el sentimiento de tristeza y pesar por no poseer los bienes ajenos; la pereza como el descuido hacia las cosas que tenemos obligación de hacer.

Una buena forma de echar a estos okupas de nuestro corazón es convertir estos impulsos negativos en positivos. Como nos dice la Filosofía: hay que hacer de la necesidad virtud. Y como dijo Aristóteles: la virtud es el hábito de actuar según el justo término medio entre dos actitudes extremas. Como siempre, pongo mi esperanza en la Educación, como el proceso de humanización y de ayuda para conocernos y hacemos mejores personas. ■



## EL ARTÍCULO DEL DÍA

RAFAEL  
SÁNCHEZ SÁNCHEZ